

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA SUBJETIVIDAD INFANTIL Y LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA.

Humberto Rojas González¹, Julio César Osoyo Bucio².

1. La subjetividad infantil como síntoma

La subjetividad infantil, tal como la devela la experiencia analítica, demuestra la evidencia de una falla en el Otro. La subjetividad infantil se resiste a ser capturada en los engranajes del discurso del Otro, hace sintoma, delata y muestra que algo no anda. El Otro es entendido aquí, siguiendo a Lacan en lo expuesto por él en su seminario *Los cuatro conceptos fundamentales en psicoanálisis* (1964), como aquel eje central en la estructura que posibilita la introducción del lenguaje a partir del registro de lo simbólico organizado en torno al significante. El Otro como tesoro de los significantes que conforman y organizan nuestra realidad simbólica.

En éste momento histórico de desarrollo del capitalismo, quizás marcado por el resurgimiento de ciertos nacionalismos de extrema derecha que repercuten en la organización económica global, da la impresión de que asistimos a una reorganización de lo social que parece marcar un destino para el sujeto: un sujeto asechado y cada día más fraccionado por los distintos discursos que lo determinan en el interior de un aparato de producción altamente especializado. ¿Podemos encontrar en este aparato de producción discursiva un equivalente de la maquinaria de producción capitalista sostenida a su vez desde la producción de plusvalía, – entendida como el único objeto de deseo (a) en este sistema?

En los inciertos destinos de la subjetividad de nuestra época, el campo de lo infantil se vuelve una práctica cada día más demandada para los así llamados especialistas de la salud mental, innumerables prácticas plagadas de métodos en

¹ Licenciado en Psicología por la UMSNH. Psicoanalista. Miembro de USAER (Unidad de servicios y apoyo a la educación regular) de la SEP.

² Licenciado en Psicología por la UMSNH. Maestro en Psicología Clínica por la UAQ. Doctorante de Filosofía, UMSNH.

donde siempre se muestran ciertos enigmas proyectados en aquellas recomposiciones en los diagnósticos que naufragan en un limbo ideológico que no explica nada, además de los sistemas clasificatorios que intentan responder a una subjetividad infantil que siempre muestra resistencias a no dejarse determinar del todo, a cuestionar constantemente al Otro del discurso que intenta significarla, educarla, controlarla y marcarle un destino.

Es ahí donde la subjetividad infantil “juega” todo el tiempo su papel subversivo e interrogador. Ante un destino que el Otro le marca como “pautas” de adaptación, o como régimen moral de valores propios de la infancia, quizá hasta con un sistema de “competencias” educativas que mete de lleno al niño en el aparato de producción desde el inicio de su vida. El modelo educativo que se pretende universal está más bien diseñado para que el niño desde su más temprana infancia aprenda bien las reglas del juego capitalista en su versión neoliberal: competir y producir, lo que se traduce como ganar y destruir, verdadero aparato de producción de un in-dividuo (no de un sujeto dividido) que se piensa a sí mismo por dentro de la esfera narcisista de la autosafistación sin necesidad de un exterior. Ficción impositiva de una verdad construída desde la lógica acumulativa del capital a la que se le opone, quizás inesperadamente, la espontaneidad de lo infantil que resiste haciendo sintoma.

También aquí vemos surgir otra figura inesperada, que podría funcionar como la sombra, también sintomática de la resistencia de aquella subjetividad infantil que se pretende encapsulada por estos discursos (medicalización, psicopatologización, educación, etc.). Nos referimos al psicoanalista que también se resiste, a su modo, ante este esquema capitalista, porque “el sujeto también hace política cuando se compromete con el deseo que sostiene una verdad que desagrada, que molesta al Amo”. (Orozco, 2003: 34-35).

Es así como se puede sostener, partiendo de la experiencia analítica, que se debe *jugar* a hacer política con el niño y con su entorno social dándole un lugar de escucha y atención a su síntoma, que es también por sí mismo, la posición implícita de los dos participantes del juego. Es momento de preguntarnos si la subjetividad

infantil, con toda la composición variable de síntomas que es capaz de producir, ocupa un lugar de cuestionamiento que puede marcar la referencia central al exponer la falla en el Otro del discurso, del mismo modo que la histérica, que mediante su demanda al Amo teje el punto de evidencia de su falla, para ser ella la causa de dicha falla con lo subversivo de su síntoma: ¿A este discurso psicologizante y patologizador que pretende la dominación de la subjetividad infantil le sucede algo similar al de aquel discurso médico ante el síntoma de la histérica?

De esta forma, el carácter comprometido de un Charcot o un Breuer, y hasta del mismo Freud ante Dora, por ejemplo, viéndose todos evidenciados en su división subjetiva por sus pacientes, nos hace pensar en lo que pasa con los maestros que pasan largas horas con los niños ante el marco de un encargo social educativo, y que a cada instante, se ven expuestos ellos mismos ante estas manifestaciones variadas de síntomas en la infancia, síntomas que de forma similar a lo que sucede con los analistas, a los profesores les marca la pauta de su propia división subjetiva, les interroga, los cuestiona, les angustia lo que pasa con los niños y buscan una solución inmediata que les evite toda complicación. Es así como ha ganado tanta popularidad la medicación infantil a partir de una referencia escolar.

¿Es acaso extraño que un niño “exponga” su síntoma preferentemente en la escuela, espacio de socialización y encuentro de subjetividades? Los problemas de aprendizaje, trastornos de lenguaje, dificultades psicomotrices, complicaciones conductuales que llegan a los extremos más aparatosos, aparecen entonces como modos en que el síntoma encuentra un lugar para decir lo indecible en la lógica del discurso dominante. Esta lógica dominante, a cuyo ideal utilitarista responde el discurso educativo, encuentra su propia falla en la producción sintomática infantil expresándose también en la subjetividad del profesor, quien acaso prefiera desentenderse del problema, canalizarlo al especialista, o lo que es lo mismo, hacer callar la incomoda voz de la subversión al sistema representada por el padecimiento infantil. Las manifestaciones sintomáticas afectan tanto al profesor, que se prefiere patologizar al niño para ocultar cierta verdad inquietante sobre sí mismo.

2. Lo infantil y la clínica psicoanalítica

Quisiéramos también interrogarnos por el lugar del psicoanalista ante la experiencia clínica con la infancia, no sólo en el aspecto de la “reclusión” del consultorio, sino acerca de su lugar en lo público, en la comunidad, en lo que debería pertenecernos a todos y que a cada momento el discurso capitalista dominante expropia paulatina y sistemáticamente. El psicoanálisis mismo, como nos lo ha mostrado su historia, tampoco está exento de ideologizar su experiencia y su discurso, pensándose como una esfera desconectada de la realidad social en la que se encuentra inmerso. Como si el psicoanálisis no fuera afectado por las relaciones sociales y económicas en las que despliega su praxis. Un ejemplo de ello es lo que aquí llamamos la “sectorización ideológica³” de la práctica analítica y que muestra algo muy semejante a la división del trabajo en el sistema capitalista.

¿Por qué los niños hacen síntomas tan sorprendentes y angustiantes? La fenomenología sintomatológica en el consultorio del psicoanalista que recibe niños es de una composición tan múltiple que parece tener siempre como “opción” virar al marco de las clasificaciones de la época. También podrá, si es el caso, virar hacia estrategias o métodos que le orienten en la cura, para no “extraviarse”, como dicen muchos. O simplemente, el psicoanalista se podría identificar, como se ha mencionado anteriormente, con el marco ideológico de la “sectorización” de la práctica analítica por áreas de correspondencia con los sistemas clasificatorios: clínica de la neurosis (además, “sólo” de adultos), clínica de la infancia y la adolescencia, clínica de la psicosis.

La “especialización” recorre aún fijaciones imaginarias todavía más precisas. Cuando Marx y Engels en su texto titulado: *Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas* (1845), se preguntan por la subdivisión

³ Con “sectorización” nos referimos a la dedicación exclusiva del analista a un tipo de pacientes en particular con su consecuente exclusión del resto de los sujetos. Por ejemplo, ser psicoanalista de “niños”, “adultos”, “parejas”, “pre-pubertos”, con o sin “problemas de aprendizaje”, y una larga lista que hace pensar en una sectorización de la práctica que quizás se pueda calificar como de dudosa procedencia, como efecto de la resistencia del analista por su implicación subjetiva y angustiante en la escucha y atención de cada caso.

ideológica dentro de una misma clase, encuentran que:

“La profesión adquiere una existencia propia en virtud de la división del trabajo. Cada cual estima que su oficio es el verdadero. Respecto de la conexión entre su oficio y la realidad se crean aún más ineludiblemente ilusiones de que ello viene condicionado ya por la naturaleza del oficio.” (Marx-Engels, 1845/1976: 80).

¿Es posible que al interior de la práctica analítica brote el germen de una identificación ideológica y que el psicoanalista comience a considerar su campo dentro de una cierta división de clase que responde a una división del trabajo determinada por el discurso dominante? Resuena la idea de “centralización” de la práctica analítica cuyos efectos de exclusión de subjetividades se hace escuchar. Como si hubiera además una “naturaleza” propia de la infancia, de la adultez o de la adolescencia que creara la división de la especialidad. Como si la especialización estuviera determinada por esa naturaleza. Hay infancia, adolescencia y adultez e ideología de estas prácticas sectorizadas por ser la determinación del discurso, no por su naturaleza íntima. Lacan nos recuerda frecuentemente que el analista no trabaja con individuos de tales o cuales características sino con efectos del significante que propician tales o cuales posiciones discursivas que se singularizan en cada sujeto de forma única.

Es así como se hace necesario preguntarnos por los mecanismos propios del discurso dominante capitalista y su empresa sistemática de exclusión de la subjetividad infantil. De esta forma, podemos advertir, como bien apuntaba Horkheimer en su trabajo titulado: *Historia y psicología* (2003), que el capitalismo es en sí mismo una “Psicología” en tanto que sus valores y alcances están determinados por un sujeto que se piensa a sí mismo como autónomo y autoreferencial. Esta psicologización se encuentra soportada por una determinada metafísica *a doc*: la “lógica idealista” desprendida fundamentalmente de la tradición aristotélica y que se contrapone a la materialidad de la subjetividad infantil en tanto que “ilógica”. Esta lógica idealista sólo puede mirar al “niño civilizado”. Aquella se construye bajo el principio de tres ejes fundamentales extraídos de una metafísica aristotélica que impregna toda la historia de occidente y que marca la referencia

igualmente ideológica de lo que aquí denominaremos “adultocentrismo ⁴”. Presentamos un breve resumen de las propuestas de Aristóteles:

- Principio de contradicción. Es imposible afirmar y negar un mismo predicado a un mismo sujeto.
- Principio de identidad. A es necesariamente A. No puede ser al mismo tiempo B.
- Principio del tercero excluido. Cualquier cosa o es o no es, no cabe un término medio. (Citado por Peusner, 2006.)

Este triple principio fundamenta prácticamente el “sentido común” de todo buen ciudadano adaptado y normalizado en el discurso capitalista. Y es así, desde este triple principio donde se intenta imponer una “Psicología” determinada para la subjetividad infantil. Sin embargo, cualquiera que se haya abierto a los laberintos y se haya entregado a las variaciones infinitas de la actividad fantástica de un juego con un niño advertirá que este triple principio lógico se viene abajo y se agrieta en el acto.

3. Moralización e idoloficación de la subjetividad infantil.

Como toda psicología, el discurso capitalista mismo está acompañado no sólo de una lógica, sino también de una moral, que igualmente funciona como operador de exclusión de la subjetividad infantil. Resuena la pregunta: ¿cuál es el “bien” y el “mal” de la infancia? Preguntarnos por esto es al mismo tiempo considerar que el sentido de la ética se ilumina sólo cuando se comprende que el bien no es ni puede ser una cosa, o el encuentro de una posibilidad buena o más allá de toda cosa o posibilidad mala; que lo auténtico y lo verdadero no son predicados reales

⁴ ¿A qué le llamamos aquí “adultocentrismo”? A una cierta posición del discurso dominante que exige que los niños piensen y se comporten como adultos, más aún, a buscar que los niños se rijan por la formalización del pensamiento adulto, que sean ya adultos y asuman su responsabilidades al pie de la letra. Lo que queda velado aquí es que la sumisión que se le pide al niño lo prepara para la sumisión futura cuando acceda al sistema laboral y nunca proteste y exija más de lo que le dan.

de un objeto, perfectamente análogos aunque opuestos, a lo falso y a lo inauténtico.

Es aquí donde la “buena” lógica se activa para ser impuesta a la subjetividad infantil. Justo en el momento cuando lógica y moral son una misma cosa. El niño “sensato” que no se contradice, que es consecuente con sus palabras y reflexiona sobre sus actos, ese niño es “bueno”, le hace el “bien” a la sociedad. Lo contrario, es juzgado precisamente como lo “indeseable”, lo “malo”, el “niño mal” portado que se sitúa por fuera del sentido común y es esto lo que debe ser eliminado por todos los medios: que van desde el acto educativo que impone con disciplina esa “buena forma”, hasta la medicalización abusiva que cuenta con su reverso que la sostiene: la patologización de la experiencia infantil.

Es decir, se pide que el niño acepte la instancia de interlocución. ¿Qué quiere decir esto? Que el niño tiene que adecuarse discursivamente a la pregunta que recibe del Otro, por lo tanto, que se comprometa en su respuesta y se responsabilice. La demanda del Otro implica la introducción de una cierta posición discursiva. Uno de sus efectos es la opturación del deseo. Sin embargo, como nos lo muestra la experiencia de escucha del deseo infantil, esta organización siempre, o casi siempre, “patina”, “derrapa” y “escapa” al control. Todo esto nos enfrenta a la valoración de la singularidad de la subjetividad infantil, así como a advertir que: “El tener lugar, el comunicar a las singularidades el atributo de la extensión, no las une en la esencia, sino que las dispersa en la existencia”. (Agamben. 1976:18). Es el sentido común que se impone en su dominio y que nos engaña a cada momento.

Aunque nos digamos a nosotros mismos que somos los defensores de la singularidad de la subjetividad infantil tratamos de reunir algo en común en todas ellas, como si pretendiéramos ver en cada niño o niña una esencia que los asemeja a los demás. Nada de eso. Lo único que tenemos son singularidades dispersas en la existencia que no están reunidas en un *uno* que las asemeje esencialmente. Más bien podemos comenzar a pensar que existen ciertos mecanismos de producción de singularidades que son dispersadas en la existencia. Desde aquí, no es extraña entonces la consideración que nos permite plantear la siguiente interrogante: ¿Qué es lo que encuentra el adultocentrismo y su Psicología operante capitalista en la

subjetividad infantil? Creemos que lo que pretende y que efectivamente encuentra no es otra cosa que su propio mensaje de forma invertida. Lacan nos advierte ya desde el Seminario I que:

“Podemos detenernos un instante y meditar sobre el hecho de que también el niño tiene palabra. Una palabra que no está vacía. Que está tan llena de sentido como la palabra del adulto. Incluso, está tan llena de sentido que los adultos se la pasan maravillándose de ella: ¡Que inteligente es, mi lindo pequeñito! ¿Vieron lo que dijo el otro día? Todo radica en esto”. (Lacan. 1981: 335).

Estamos delante de la *idoloficación* que podría dar la impresión de una mezcla entre idealización en tanto que atravesada por el engaño del ídolo, mistificada, ideologizada. No es este el sentido que le da Lacan, por el contrario, nos muestra que todo mundo habla de la subjetividad infantil *idoloficándola* para no reconocerla en sus efectos reales. De aquí a subestimar, minimizar y victimizar a la subjetividad infantil sólo hay un paso. El discurso capitalista dominante se identifica con esta idoloficación. No hay nada más idoloficado que los niños, por ejemplo en los comerciales televisivos, lo cual también deriva en una fetichización.

Se produce así una “idoloficación-fetichización” de la “mercancía-infancia” que desmantela y cosifica la subjetividad infantil. Un ejemplo de lo anterior: todo mundo habla de la “sexualidad infantil” como un hecho normal descubierto hace muchos años por un cierto Dr. Freud, hasta nos podemos ofender moralmente cuando alguien dice “ignorar” este hecho comprobado, los educadores dicen conocer esto y no sorprenderse. Pero, podemos preguntar: ¿No se trata más que de otro retruécano del discurso capitalista que al “normalizar” las cosas les quita su brillo propio, introduciéndolas al mismo tiempo en una dimensión susceptible de su influencia? Como resultado de ello, la sexualidad infantil pasa a ser un capítulo más de la enseñanza académica normalizada de docentes y psicólogos y no la zona de subversión y contradicción que permite expresar, y sostener, el deseo infantil. La idoloficación-fetichización del niño, efecto de la moral

adultocetrismo propia del capitalismo, lo vuelve una mercancía de consumo en donde se intenta hacer desaparecer la singularidad del deseo infantil, que sin embargo, retorna siempre puntual en la experiencia psicoanalítica, bajo la condición que uno esté dispuesto a dejarse de lado para entregarse al juego con el niño.

4. A modo de conclusión: algunas consecuencias...

Después de las anteriores puntualizaciones que se intentan realizar sobre la subjetividad infantil, aún podemos anotar algunas consecuencias que se desprenden de nuestra posición en la experiencia clínica:

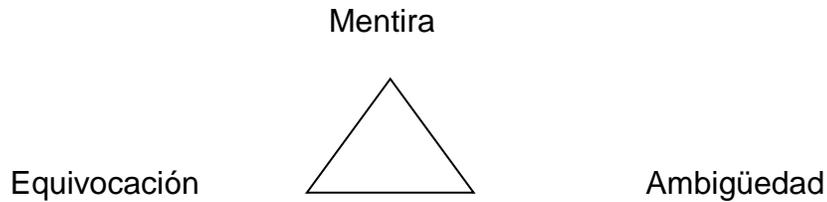
- El niño no está comprometido con su palabra en tanto que discurso lógico, coherente y racional. El decir no atraviesa por la dimensión de la responsabilidad ni debe llevarse a este terreno porque sería como asesinar la subjetividad infantil para volverlo un adulto bien adaptado. Por ejemplo, cuando un niño juega, juega sin responsabilidad ni compromiso para con nadie, lo cual no significa que su deseo no esté implicado. Intentar hacerlo responsable de su decir es como meterlo al dispositivo de control que opera subyacente en el pensamiento consciente.
- Cuando el niño se compromete con sus palabras y les aplica cierta responsabilidad, comienza la censura y el “sentido común”. En términos lacanianos podemos decir que cuando uno quiere hacer coincidir a toda costa el sujeto de la enunciación y el del enunciado se abre paso a la autovigilancia y se pierde la espontaneidad del libre fluir del significante.
- Es así como, en lo esencial, el discurso capitalista dominante liga al sujeto a sus contradicciones. Trata de hacerle firmar lo que dice. Además le pide comprometer su palabra en una dialéctica aristotélica de la lógica como si se tratase de un adulto. La experiencia infantil está siempre por fuera del

adultocentrismo racional dominante y dominador.

¿Cuál es el resorte, el giro subversivo donde interviene el psicoanalista? ¿Cuál es el sentido de su acto y a dónde apunta? Justamente en el lugar donde introduce los efectos de la palabra, que podemos llamar la *triada de la palabra*. Son al menos tres las consecuencias, ya no de seguir la lógica aristotélica del “sentido común” que nos lleva a ideologizar la experiencia, sino arriesgados en el vértigo de:

- Introducción de la mentira. Toda palabra es mentirosa. Engaña. Puede representar algo apuntando a otra cosa. A veces se superpone a otras palabras para pasar inadvertida. Aun así, damos acuse de recibo ideológico cada vez que hacemos responsable a un niño por mentir.
- Introducción de la equivocación (no del error). La palabra es equivocada. Equivoca. Tiene efecto de vocación, de evocar algo pero siempre sin definir un sentido único. En definitiva, las palabras nos hacen equivocarnos, pero no en el sentido de cometer errores. El discurso del “error” está plagado de contenido ideológico: errores de las funciones psicológicas, errores en la conducta, errores en las tomas de decisiones. El discurso del error es paralelo al engaño pragmatista y utilitarista. Una equivocación, por el contrario, puede ser el camino a la verdad entendida no como una coincidencia entre la palabra y la cosa sino como una revelación inesperada en donde se puede dar cuenta del deseo.
- Introducción de la ambigüedad. La palabra es ambigua, confunde, distorsiona, mal interpreta, mal entiende, nombra mal, no tiene un sentido dado desde el inicio, diseña ambigüedades, incertidumbres, preguntas...

A continuación la triada de la palabra:



¿Qué hacer entonces con las mentiras infantiles? ¿Les oponemos un discurso moral del “sentido común” para normalizarlas? ¿Creamos estrategias para inculcar “valores”, sobre todo en un época de la llamada “caída de los valores”? Respondemos por la negativa a tales concepciones ideológicamente reeducativas y mejor evocamos a Freud:

No hay que tener en poco tales episodios de la vida infantil (se refiere a las mentiras). Sería un serio error si de esas faltas se extrajera la prognosis del desarrollo de un carácter inmoral. Pero, sin duda, ellas se entranan con los más intensos motivos del alma infantil y anuncian las predisposiciones a posteriores destinos o futuras neurosis". (Freud, 2006: 327).

Siempre volviendo a Freud, se nos cuestionará. Pero siempre una manera saludable, a modo de conclusión, para dejar las vías de las respuestas abiertas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agambem, G. (1976). *La comunidad que viene*. Pre-textos: Valencia.

Freud, S. (1913/2006) *Dos mentiras infantiles*. Amorrortu: Buenos Aires.

Horkheimer, M. (1932/2003) *Teoría crítica*. Amorrortu: Buenos Aires.

Lacan J. (1953-1954/1981). *Seminario I. Los escritos técnicos de Freud*. Paidós: Barcelona.

Lacan J. (1964/2013). *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós: Buenos Aires.

Marx, K. y Engels, F. (1895/1976) *Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista*. Editorial Progreso: Moscú.

Orozco, M. (2003). *La noción de destino en el pensamiento de Freud*. UMSNH.

Pleusner, P. (2006). *Fundamentos de la clínica lacaniana con niños*. Letra viva: Buenos Aires.